

JEANNE HERSCH

EL NACIMIENTO DE EVA

PREFACIO DE JEAN STAROBINSKI

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE ROSA RIUS GATELL

BARCELONA 2008



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Textes*

Publicado por:

A C A N T I L A D O

Quaderns Crema, S.A., Sociedad Unipersonal

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona

Tel.: 934 144 906 - Fax: 934 147 107

correo@acantilado.es - www.acantilado.es

© 1985 by Jeanne Hersch; © 2000 by the Estate of Jeanne Hersch;
© del prefacio, 1985 by Jean Starobinski; © de la traducción, 2008 by Rosa Rius
Gatell; © de la imagen de cubierta, Peter Friedli, Bern; © de la fotografía
del interior, *La Tentation d'Eve*, de S. Prost, Musée Rolin, Autun, France;
© de esta edición, 2008 by Quaderns Crema, S.A.

Este libro se ha negociado a través de
Ute Körner Literary Agent, S.L., Barcelona - www.uklitag.com

Todos los derechos reservados:

Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-96834-77-4 DEPÓSITO LEGAL: B. I.652 - 2008

En la cubierta, fotografía de Jeanne Hersch

La publicación de esta obra ha recibido una ayuda de Pro Helvetia,
fundación suiza para la cultura

prohelvetia

AIGUADEVIDRE *Gràfica*

QUADERNS CREMA *Composició*

ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2008*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Prefacio, por JEAN STAROBINSKI, 7

Dios contra Dios, 11

Eva o el nacimiento eterno del tiempo, 19

El combate del dragón, 25

El peso de la hora cero, 39

En la vigilia de mi primer viaje a Grecia, 45

Fiestas, 49

¿Por qué escribe? (Respuesta a una encuesta), 57

Del exilio al adiós, 63

Notas bibliográficas, 77

DIOS CONTRA DIOS

*Homenaje a Karl Jaspers
en su sesenta cumpleaños*

Dios sintió durar la eternidad.

Terrible, la eficacia de Dios. Desde el momento en que la sintió durar, la eternidad dejó de ser y cayó en el tiempo.

Y Dios se cansó de no tener ante Sí, en cada instante del tiempo, infinitamente, más que a Sí mismo.

Dios sintió que su fuerza se había dormido. ¿Pero qué es una fuerza dormida? Él había sido el cuerpo inmenso y durmiente de la fuerza, y ya no comprendía qué significaba esa fuerza. Quiso servirse de ella como de un instrumento.

Terrible, la eficacia de Dios. Desde el momento en que quiso servirse de ella, ésta estuvo fuera de Él. Él, que no tenía cuerpo, tuvo dos manos, y la fuerza afluyó a ellas. Y Dios temió, en sus manos extranjeras, esa omnipotencia.

Dios estaba allí, con las manos henchidas de omnipotencia, en el centro del ser apacible, sin fisuras, que nada distinguía de la nada. Sus manos henchidas ya no podían soportar estar tan llenas y oprimidas por la plenitud.

Dios sintió sus palmas unidas como si formaran una cesta desbordante. Y trató de crear seres.

Primero creó el Árbol: mil potencias difusas anudadas en un tronco soberano abierto en mil ramas creadoras, cargadas de astros, clamores y nidos, colmadas de cielos y vien-

tos. El Árbol sería la forma del mundo. Dios lo amó y lo hizo divino.

Pero el Árbol flotó apenas un segundo en los bordes desahogados de la creación, con la dócil ligereza de los fantasmas. Flotó, atraído de inmediato por el vértigo absoluto del centro del ser. Halló sus raíces y sus ramas en los dedos de Dios y, en el ser de Dios, su tronco afirmativo. Halló, coincidió, zozobró. Se aniquiló.

Dios volvió a encontrarse solo e intacto.

Dios había amado al Árbol y le había dado tanto ser que el Árbol se había perdido en Él. Había querido a otro divino, y he aquí que no había otro divino más que Él mismo.

Dios quiso aliviar sus propias manos y disminuir su propia potencia: dar menos.

Intentó crear el Río, el Cielo, el Cuerpo vivo y el Fruto. Pero el Río desapareció por el único cauce majestuoso de Su duración, el Cielo se arqueó sobre la única bóveda plástica de Su infinito, el Cuerpo vivo solamente vivía por los lados de Su propio corazón, y Su única plenitud hinchaba el Fruto en el seno de la identidad.

Sus pesadas manos dispensaban el ser de forma masiva. Y Dios sufrió.

Terrible, la eficacia de Dios. Desde el momento en que sufrió, la carencia fue. La carencia, la fisura, la ausencia.

La carencia permitió que Dios creara fuera de Sí. Le procuró el espacio y el contorno, socorrió a Dios contra Su irreprimible plenitud.

Inicialmente, sorprendió a Dios. Por primera vez expe-

rimentó la materia de la carencia como algo extraño que resbalaba entre sus dedos. Tan ligera, más fluida que el más lejano de Sus pensamientos. ¿Qué era? Se infiltraba en la materia divina, la atravesaba con sutiles redes de inconsecuencia y de ironía. Y ya no había materia divina.

La mano de Dios escribía en vano el Verbo en la carencia, y no quedaba huella. La carencia cedía demasiado pronto bajo sus dedos y volvía a cerrarse sin dejar rastro.

Dios sacudió la mano. La sacudió tan fuertemente como pudo, arrojando lejos de Sí toda la carencia posible. Y dado que ésta era muy ligera, fue a caer muy lejos de Dios. La masa que formó, allí abajo, quedó sin transparencia ante el espíritu de Dios. Y la Tierra fue.

Entonces, Dios creó de nuevo el Árbol, pero con una mano empobrecida, mezclada de carencia y muerte. Arraigó el Árbol en la tierra para impedirle que perdiera su ser regresando a Él. Lo rodeó con un rígido ribete de ausencia, lo separó para siempre y lo multiplicó. Y los árboles fueron.

Dios creó nuevamente el Río, pero dislocó su curso y le negó la fuerza de remontar hasta Él. Susurrante y lento, quebrado en innumerables hilillos, el Río se deslizó por las pendientes divergentes de la tierra, buscándose sin esperanza. Y los ríos fueron.

Dios creó el Cielo en los límites de la pura nada. Lo dividió gradualmente en lo inaccesible, lo arrojó sin cesar más allá de Sí mismo, lo puso «en otra parte» e incluso le sustrajo su azul. Y, tendiendo al azul que ningún ser posee, los cielos fueron.

Dios creó el Cuerpo vivo. Pero, con la ayuda de la carencia, hizo añicos su corazón. Y hubo una multitud de corazones. Encerró lejos del Suyo cada corazón aislado, dejando que latiera solo en su caja de hueso y de carne. Lo estrechó entre dos muertos. Y entonces los seres vivos fueron.

Dios se encontró en medio del tiempo y del espacio, entre sus obras que no se parecían a Él.

Se sintió solo.

Lo había sido todo y estaba solo.

Quiso crear al Hombre a su imagen. Pero carecía de imagen, y un ser que tuviese una imagen no podía parecerse a Él. No podía parecerse a Él sin perder en Él su propio ser.

Dios trabajó para hacer un ser que se le pareciera lo más posible.

Dios le dio la Inteligencia.

La Inteligencia ligó muy pronto lo diverso en una cohesión que era la misma de Dios. Y dobló con una sombra de pensamiento Su acto creador. Hizo eco, al unísono, a la octava, a Sus pensamientos eternos. Nada más.

Entonces, Dios la fijó, la ató a un punto de la tierra y obstaculizó su mirada con algunas briznas de hierba en movimiento. Le sustrajo lo universal.

Sin lo universal, la Inteligencia se marchitó bajo la mano creadora en un mosaico inerte. El Hombre no se parecía a Dios, sino a las piedras de la tierra.

Dios hizo brillar lo universal en el borde del horizonte inaccesible, en el fondo de los cielos fugitivos. Y salvó la Inteligencia. Le devolvió las esferas, los triángulos, y Sus

pensamientos eternos, anteriores al tiempo. Pero se los devolvió vacíos, y separados para siempre de las perspectivas llenas de paisajes. La Inteligencia se puso en camino, entre las perspectivas de las perspectivas, hacia lo imposible.

Dios dio el Amor.

La criatura estuvo a punto de anularse por el Amor en el impulso soñadoramente creador de Dios. Dios interpuso entonces las imágenes, negó al Amor su objeto infinito, lo confinó a la cancela separadora de los símbolos. El Hombre se perdió en el laberinto inextricable de las imágenes, y amó sus superficies limitadas e insaciablemente inagotables.

Dios hizo entonces que, por amor, la criatura tuviese que odiar y matar, ya que el objeto de su amor era mortal y vulnerable y tenía que ser defendido.

El Hombre se convirtió, de este modo, en el campo de batalla de Dios contra Él mismo. Cada perfección amenazaba con anular a la criatura; para salvarla del Uno, Dios tenía que extraer del vacío resbaladizo de la carencia un remedio peor. Cada abismo restablecía a su vez, en torno a Dios, su unicidad esencial. Y Dios derramaba la plenitud más rica, se lastimaba las manos al moldear contra su propia sustancia.

Y nacía el Otro monstruoso. Sus huecos y protuberancias erigían, bajo los retoques divinos, un Posible que ni siquiera Dios había concebido.

Los hombres fueron. Tan atraídos por Dios, tan próximos a Él, que no había crimen ni blasfemia suficientes para separarlos.

Y Dios los amó.